

# Frente libertario

Madrid, 5 de julio de 1938

editado por el Comité de Defensa Confederat. del Centro

NUMERO 514

## UNTALES DEL TRIUNFO

### Vigilancia, disciplina, fe en la victoria

Muchas son las cualidades que el pueblo español posee y que está poniendo en toda su intensidad al servicio de la victoria; pero, hoy por hoy, cuando la guerra ha entrado en momentos decisivos y trascendentes existen ciertas virtudes que han de ser elevadas al máximo para que la victoria se convierta en una realidad tangible e inmediata que haga posibles las esperanzas que en ella tienen depositado los trabajadores españoles.

No nos referimos al valor; esto lo ha acreditado sobradamente el proletariado español en los largos meses de lucha que está manteniendo contra los enemigos de la libertad y de la democracia; diariamente se está revalidando el heroísmo en todos nuestros campos de batalla y diariamente se escriben, con sangre proletaria nuevas acciones heroicas que merecen el nimbo de gloria de los cantares de gesta. El valor lo han acreditado los trabajadores españoles en múltiples ocasiones, y gracias a su valor sin límites, a su heroísmo sin igual, sigue la victoria siendo posible, más aún, segura, para nuestros soldados; porque con valor, sólo con heroísmo, se han vencido situaciones difíciles, que ningún pueblo del mundo hubiera sido capaz de superar; porque con valor, sólo con valor, se ha nivelado la diferencia de medios ofensivos de que disponen nuestros enemigos.

Pero además de ese valor heroico que en sobrada medida poseen nuestros luchadores, se hacen necesarias otras cualidades; cualidades que también existen, es cierto, pero a las que hay que actualizar, dándoles un perfil más rígido, más exacto del que en los momentos presentes poseen.

Hay que extremar la vigilancia; si el enemigo está intentando sus últimos y desesperados esfuerzos para aniquilar nuestra resistencia en los campos de batalla, es lógico que también todos sus colaboradores de dentro y de fuera de nuestras fronteras agucen su actuación para ver de lograr ese objetivo, ese aniquilamiento de nuestra resistencia que

tan vanamente vienen persiguiendo desde hace cerca de dos años.

Es necesario también reafirmar el sentido de disciplina proletaria que entre nosotros existe; tenemos que recordar siempre cuáles son las características del enemigo que tenemos enfrente y cuáles son los medios más adecuados para combatirlo con probabilidades de éxito; nuestro enemigo tiene en la disciplina su más acusada característica y su arma más peligrosa; los rebeldes hacen culto de la disciplina y esto les proporciona una serie de garantías en sus actuaciones que nosotros hemos de buscar alcanzar también para nuestras propias filas. Y esto sin que en ningún momento nos olvidemos de la diferencia que debe existir entre nuestra disciplina y la disciplina que reina en el campo fascioso; esta es una disciplina hecha a base de terror y de castigos; la nuestra debe ser una disciplina que, teniendo su origen en el propio convencimiento individual de los combatientes, la aceptan libremente, haciendo un sacrificio más en aras de la victoria. La nuestra no puede ser, en una palabra, la disciplina por el afán de mando y de jerarquía, es decir, la disciplina por la disciplina, sino la disciplina porque es un elemento necesario e imprescindible para lograr la victoria por la que tanta sangre llevan ya derramada los trabajadores españoles.

Y, finalmente, hemos de reafirmar en todo momento, cualquiera que sea la índole de las circunstancias que nos sonrían o que nos acosen, nuestra fe en la victoria. Todos los valores morales y material tienen carácter secundario, de eficacia relativa, en comparación con la enorme eficacia que la fe en el triunfo lleva consigo. Jamás los trabajadores españoles han puesto en duda su triunfo; éste ha aparecido siempre claro y radiante ante los ojos de los trabajadores españoles. Pero actualmente nos encontramos en el deber ineludible de reforzar nuestra fe y nuestras esperanzas de victoria. Lo exige así la victoria misma.

### ¿Qué opinan los señores de la 'no intervención'?

### Lo que dice un piloto italiano, prisionero de las tropas republicanas

Recogemos de "La Voz" el siguiente reportaje:

"El periódico "Adelante" publica este reportaje de Max Aub con el piloto italiano Giuseppe Bourdignon, hecho prisionero al aterrizar por equivocación en un frente del Centro;

Giuseppe Bourdignon salió el 14 de abril de Génova, con otros pilotos italianos. Yo le pregunto:

—¿Te das cuenta a tres o cinco mil metros de que estás asesinando mujeres, niños y ancianos?...

Bourdignon me mira con sus ojillos vivaces y no contesta.

### Quien en esta hora suprema y decisiva abandona el cumplimiento de su deber, no puede reivindicar para sí el calificativo de buen antifascista

La guerra está poniendo de manifiesto hasta qué punto las conductas de cada uno de los antifascistas españoles, se ajusta en un todo a las palabras pronunciadas por el mismo en momentos de euforia inconsciente o de charlatanería de majo de plazuela. La guerra exige peligros, dolores y riesgos. Y quienes en múltiples ocasiones se han hecho banderín exaltado de alardes palabreros, cuando han visto que también su concurso era reclamado por la firmeza inaplazable de las circunstancias, cuando han visto que para ellos llegaba también la hora de hacer --de hacer precisamente lo que habían dicho desgañitándose que debían hacer los demás--, tuercen el gesto y procuran esquivar el sacrificio.

Quien en esta hora de supremos sacrificios no presta su colaboración firme y desinteresada en los puestos donde su concurso sea más necesario o más útil, no merece el calificativo de antifascista; éste sólo puede aplicarse con justicia a los limpios de egoísmos y de ambiciones personales, a los que ponen todas sus fuerzas al servicio de la causa de libertad que defendemos.

No son horas aptas para que se abran paso los charlatanes. Estos no tienen nada que hacer entre nosotros porque de nada nos sirven; únicamente, cuando se habla en exceso, pueden levantarse suspicacias y crearse enconos que tan sólo a nuestros enemigos benefician. Los momentos, que son graves, sólo se vencerán con espíritu de sacrificio y son segura y tensa voluntad de victoria. Y todos los laureles de ésta serán para quienes, aun hablando poco, han prestado su concurso efectivo --no de boquilla--, a la causa de liberación de todos los españoles.

—¿Los matarías ahora, aquí, en el patio, si te los presentasen felices y contentos de vivir?

Baja la cabeza. Y contesta:

—Yo no he bombardeado jamás... Avión de caza—agrega balbuceante.

—Yo no veo la diferencia. Tú proteges las matanzas.

—Es la guerra—me responde.

—¿Tu país está en guerra contra el mío?

Levanta la cabeza y dice:

—Contra los "rojos".

—¿Eres católico?

—Naturalmente!

—¿Acaso la Iglesia te ha enseñado eso?

Bourdignon se calla y me mira rencorosamente. Continúa:

—Hace tres días que eres prisionero de los que tú llamas "rojos".

—¿Nunca pensaste que podía sucederte esto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque había decidido que si me sucedía me mataría.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Tal vez por miedo; tal vez por curiosidad.

—¿Qué piensas del trato que te da la República?

—No tengo nada que decir. Es perfecto.

—¿Qué te ha sorprendido más en la República?

—La organización. La ausencia de "rojos".

Le muestro las fotografías de los últimos bombardeos: Granollers, Alicante, Valencia. Se muerde los labios y contesta:

—Yo quisiera ver los resultados de los bombardeos de... (duda antes de continuar) los republicanos.

Lo miro fijamente:

—Tú mientes y sabes bien que mientes.

Baja los ojos. Le pregunto:

—¿Estás aquí como voluntario?

Tamborineando en sus rodillas con los dedos, me responde en voz baja:

—En servicio de guerra.

—¿Llegaste a Sevilla el 19 de abril?

—Sí.

—¿Sabías que el "duce" había firmado tres días antes un Acuerdo con Inglaterra asegurando la no intervención de Italia en España?

—¿Qué piensas tú de esto?

—No es mi oficio pensar..."

VISADO POR LA CENSURA



## Chamberlain, temeroso de las oposiciones, pide el amán a los liberales

Otro discurso. Chamberlain ha hecho una oración que tiene tanto de eufemismo propio del viejo estilo político y de ausencia total del orgullo

que le a un gobernante.

Este discurso era lo que faltaba para darnos la medida exacta...

La reunión de Rettering quedará como recuerdo inolvidable entre los políticos ingleses, tanto por lo que respecta a la política externa de Inglaterra como al dualismo interno que sostiene el Gobierno de "los lóres" con el resto de la opinión inglesa, perfectamente acusada en la carta de lord Cecil —estimo incompatible con el honor británico y con la moralidad internacional el seguir considerándose honradamente como un partidario del Gobierno—, como en las actitudes inequívocas de lord Derby, padres de los ministros de Chamberlain, Oliver Stanley y lord Stanley, así como en las actitudes de lord Cramborne y mister Eden, no menos terminantes.

Desde la derecha, como vemos por estas actitudes cimbras del partido tory, la repulsa contra Chamberlain no ha podido ser más terminante, agravada ahora con lo poco airosa que ha sido la contestación de Burgos, según los informadores mejor enterados de lo que es la verdad oficial de la política inglesa. Pero si desde la derecha se han levantado estas voces de máxima autoridad contra la obra del Gobierno británico, no han sido menos terminantes y graves las repulsa de Lloyd George, la de Archibald Sinclair, y hasta del mismo Winston Churchill, reserva del conservadurismo inglés.

Y es ahora, al llegar a su cima esa desgracia política de nuestro tiempo, cuando se levanta ese Neville Chamberlain a tratar de justificarse ante sus partidarios para pedir el amán a las oposiciones, tratando de atraerse a los liberales, a fin de que la oposición quede reducida a los laboristas.

No es gallarda la actitud de este político; ni gallarda ni propia de un gobernante que responda a las agresiones contra el pabellón británico, callando y aguantando, ya las justas repulsa de la opinión, reflejada por la oposición dura, justamente dura, de los prohombres liberales, tratando de atraerlos en nombre de la paz de Europa, nunca tan comprometida como por este político.

Chamberlain, sin embargo, olvidándose de todo lo que se debe a sí mismo todo hombre público, ha temido esta otra debilidad: pedir la colaboración de los líderes del liberalismo británico, a fin de que en la Cámara de los Comunes no se dé la sensación de que su presencia en el banco "azul" es impopular, y muy merecidamente, ya que la obra de este hombre ya es un peligro para esa misma paz de que ha hablado en la reunión de Rettering, como ya le recordó el mismo mister Eden, al decir: "se producirá la guerra mientras no hagamos otro movimiento que el de retirada ante los que todo lo fían a la fuerza, porque la retirada nunca ha sido camino de paz".

Pero este hombre es un político que de la claudicación constante ha hecho un sistema sin importarle que Inglaterra vaya siendo cada día menos la Gran Bretaña.

## EJEMPLOS DE CONDUCTA

### El bien conocido y no practicado

El pueblo español —lo hemos repetido muchas veces— venía harto de falsos profetas que predicaban el bien, porque les era conocido, y practicaban el mal para satisfacer sus bajos instintos y deformaciones. Venía harto de promesas y palabras y pensó, porque la guerra sólo se hace con hechos, que cumbirían los falsos profetas, asfixiados en una realidad más fuerte que su capacidad para la hipocresía. Pensó el pueblo español que la conmoción de todos los valores en una guerra social levantaría nuevos y auténticos valores. Pero la guerra se hace larga, la anormalidad constituye normalidad, y van saliendo a predicar los falsos profetas.

En épocas de tranquilidad —esa tranquilidad que permitía engordar al rico y depauperar al trabajador— como los auditorios de los grandes profetas eran pequeños profetas o aspirantes a serlo, la hipocresía rodaba sin que nadie la contuviera ni le fuera a la mano. Sabían los pequeños profetas que el orondo dómine llevaba una vida licenciosa y prevaricadora, pero se miraban ellos por dentro, reconocían su pasión por figurar, por medrar, sus pequeñas ambiciones satisfechas y sus grandes ambiciones en gestación, y carecían de autoridad moral para escupir a la cara del dómine la verdad de su vida. En aquellos auditorios no había pueblo, ni podía haberlo. Los trabajadores, mal vestidos, con manchas, desentapaban. El contraste hubiera sido muy duro: ellos eran la verdad, el valor fundamental del trabajo, y todo aquello era la ficción. Dejaban en paz a los falsos profetas, para vencerlos un buen día, y a todos juntos, en la calle.

Aquellos falsos profetas, si tenían puesto destacado en la justicia, solían decir enfáticamente: "La justicia ha de vivir libre, austera, al margen de las pasiones, sin rendijas para la coacción ni el afecto, sin otra idea que la de apartar de la sociedad, en una discriminación moral, al sujeto que propague el crimen, el robo, la deshonra o la inmoralidad. Y ha de ser tan austera, ha de elevarse tanto, que la justicia adquiere autoridad por el ejemplo de sus jueces y magistrados." El auditorio aplaudía frenéticamente. Los que no habían recibido favores del predicador y podían emplear su sentido crítico, recontaban, pasando el rosario de las culpas del dómine, su ambición, que le llevó a servir al político de turno metiendo en presidio, para toda su vida, al enemigo del personaje; su mezquindad moral, que le condujo a disponer apalea-

extraer de hombres sanas acusaciones contra personas a quienes el profeta y dómine querían hundi- por cuenta de una pasión que le enriquecía; su deformidad espiritual, que le arrastraba a obtener, para su rija sensu- lidad, favores de las que concedían su cuerpo a cambio de la libertad de sus amantes...

¡Qué tiempos aquellos! Aventados por la guerra, que impone sacrificios y austeridades ejemplares, que nos hace iguales para el dolor y para el esfuerzo, el pueblo en armas, que quiere conquistar, con su limpieza de cuerpo y de alma, un porvenir luminoso y justo, se dejará

guiar por los que practiquen el bien sin entonarle cantos. El pueblo sabe que todos los seres inteligentes, bien dotados y que, en la rueda de la fortuna que es la vida, salieron premiados con educación superior, conocen el bien y pueden expresarlo con frases emocionadas y elegantes, pero no le basta. El quiere solamente la práctica del bien, de la austeridad, de la moralidad y de la justicia. Quiere ejemplos y se siente harto de palabras.

El pueblo antifascista quiere —y puede exigir— que el deslumbrado, el logrero, el inmoral, el prevaricador, no escondan sus vicios y defectos con el discurso hipócrita. Quiere que, cuando menos y hasta que los encuentre la verdadera justicia popular, la justicia antifascista, no prediquen aquello que no practican. Porque hoy se predica en la trinchera, en la fortificación, en el taller. La guerra no tolera falsos profetas y la victoria sólo puede obtenerse por la vía moral del sacrificio por la práctica del esfuerzo cotidiano, por la renuncia, expresa de comodidades y egoísmos, por un camino de moral que nos iguale a todos en la epopeya. Quiere el pueblo practicantes del bien. Aquellos tiempos en que triunfaba la ficción sobre la verdad, se han hundido en el estercolero que levantaron vicios, hipocresías e inmoralidades.

TODO Y TODOS EN INTIMO CONTACTO Y RELACION DIRECTA CON EL PUEBLO

Porque el sol, solo en él, se encuentra la savia de nuestra rebeldía y de nuestra meteria

En todas las instituciones donde no penetra el aire de la plaza pública, crece, como un hongo, una corrupción inocente. (Nietzsche.)

Nuestra lucha tiene también su orgullo: el haber nacido del pueblo, en el pueblo, y explicarse únicamente como algo destinado al pueblo, para el pueblo. El pueblo, que es ímpetu y energía, es para nosotros motor y punto de destino de todas nuestras actuaciones y de todos nuestros pensamientos.

El pueblo, que todo le da y que todo lo expone en la contienda, debe también saberlo todo; porque si en él radican las pelancas motrices de toda nuestra resistencia, también él se halla capacitado para conocer todos los motivos internos de las actuaciones que se le piden. No regatea esfuerzo, pero no quiere que se le regateen los elementos de juicio. Hay que vivir cara al pueblo y cara al pueblo la que resolver; de ninguna manera puede admitirse que por motivos de índole diversa se escamoteen al pueblo los problemas que la hora plantea y se le deje en la imposibilidad de determinar cuáles serían las soluciones más adecuadas para los mismos.

Damos por sentado anticipadamente que en más de una ocasión, mejor aún, en la mayoría de las ocasiones, los motivos que informan las

conductas de quienes velan u ocultan la verdad al pueblo, son motivos elevados, inspirados siempre en la convivencia para nuestra victoria de esas actitudes, en la necesidad de que es conveniente ocultar lo que sería peligroso publicar. Pero aun admitiendo esa buena fe, consideramos que en las graves circunstancias que atravesamos la verdad desveniente que...

... porque aunque no se produzca otra cosa, alrededor de ese silencio, que sirve para alejar del pueblo una serie de motivaciones de actuación, crecerá, como un virus peligroso para nuestra victoria, esa corrupción inocente que Nietzsche atribuye a las instituciones en las cuales no penetra el aire de la plaza pública. Donde no entra el aire del pueblo crece inevitablemente la polilla de la maniobra. Y el tejido, cuya conservación tenemos a nuestro cargo, la libertad de todos los españoles, es un tejido demasiado valioso para que nos expongamos, ni remotamente, a que en él hagan presa las polillas de la corrupción y de la maniobra.

## Del 9 largo

Existen muchos, y si no muchos, bastantes problemitas, cuya resolución, en ningún caso difícil, se aplaza o se soslaya, con la afirmación de "que mucho más importante es el problema general que tenemos planteado".

Admitimos desde luego, y no admitirlo sería inconsciencia, que nuestro problema fundamental es la solución de la guerra, es decir, la victoria.

Pero no habrá nadie que nos niegue que las no resoluciones de los problemitas secundarios a que nos referimos, representan todas ellas un volumen de regulares dimensiones, que también influye en algo sobre la resolución del problema fundamental.

Nos referimos, desde luego, a todos esos asuntos en los cuales juega la lealtad, la honradez, la incapacidad, el prestigio, la moralidad.

Todos los elementos que por una razón o por otra, no prestan al pueblo el apoyo efectivo que exigen las circunstancias; todos aquellos que por cualquier medio procuran apartar de sí las obligaciones que impone la guerra; todos los que, valiéndose de resortes de reconocida eficacia alejan de sí la idea del deber, son otros tantos factores que contribuyen a entorpecer, por lo menos, la marcha normal de los acontecimientos.

Y como todos estos asuntos se pueden resolver fácilmente, puesto que existen organismos que tienen poder para ello, la su pronta resolución estriba ganar un paso más en el camino del triunfo.

Y convengamos que ganar un paso más es ayudar a resolver el problema fundamental que nos ha planteado la guerra.